

nos habréis infringido ni la cuarta parte del daño que nosotros mismos nos vamos a hacer. Vamos a secar las fuentes de agua viva de nuestra energía, vamos a firmar nuestra sentencia de muerte. La Resignación nos matará y yo la odio, romano, más aún de lo que os odio a vosotros.

LELIUS.— ¡Eh, eh, eh! ¡Alto ahí! Habéis perdido vuestro buen sentido, jefe. Y en vuestro desvarío, pronunciáis palabras lamentables.

BARIONÁ.— ¡Cállate! (*Para sí mismo:*) Si pudiera impedir eso... Conservar en ellos la llama pura de la rebelión... ¡Oh, mis hombres! Me habéis abandonado y ya no soy vuestro jefe. Pero, por lo menos, haré esto por vosotros: bajaré a Belén. Las mujeres ralentizan vuestro paso y conozco atajos que ignoráis. Llegaré allí antes que vosotros. ¡Y no hace falta mucho tiempo, imagino, para retorcer el frágil cuello de un niño, aunque sea el Rey de los judíos!

Sale BARIONÁ.

LELIUS.— Sigámosle. Temo que pueda llegar a los peores extremos. Así, así es la vida de un administrador colonial.

TELÓN

EL NARRADOR.— Mis buenos señores, me he abstenido de aparecer durante las escenas que acabáis de ver para dejar que los acontecimientos se encadenasen por sí

mismos. Y ya veis cómo la intriga se ha complicado enormemente, pues ahí tenemos a Barioná atravesando a la carrera las montañas para matar a Cristo.

Pero disponemos ahora de un breve respiro porque todos nuestros personajes están de camino, unos, habiendo tomado senderos de mulas, los demás, trochas de cabras. La montaña hormiguea de hombres llenos de felicidad y el viento lleva los ecos de su alegría hasta lo alto de las cimas.

Voy a aprovechar este respiro para mostraros a Cristo en el establo, porque será el único momento en que le veréis: no aparece en la obra, como tampoco José ni la Virgen María. Pero como hoy es Navidad, tenéis derecho a que se os enseñe el Portal de Belén. Aquí lo tenéis.

He aquí a la Virgen, y aquí José, y aquí el niño Jesús. El artista ha puesto todo su amor en este dibujo, pero es posible que lo encontréis un poco ingenuo. Mirad, los personajes tienen espléndidas vestiduras, pero están completamente rígidos: se diría que son marionetas. Seguro que no estaban así. Si estuvieseis ciegos como yo... Pero, da igual: no tenéis más que cerrar los ojos para oírme y yo os diré cómo los veo dentro de mí.

La Virgen está pálida y mira al niño. Lo que habría que pintar en su cara sería un gesto de asombro lleno de ansiedad que no ha aparecido más que una vez en un rostro humano. Y es que Cristo es su hijo, carne de su carne y fruto de sus entrañas. Durante nueve meses lo ha llevado en su seno, y ella le dará el pecho y su leche se convertirá en la sangre de Dios. De vez en cuando la tentación es tan fuerte que se olvida de que

Él es Dios. Le estrecha entre sus brazos y le dice: «¡Mi pequeño!». Pero en otros momentos, se queda sin habla y piensa: Dios está ahí. Y le atenaza un temor reverencial ante este Dios mudo, ante este niño que infunde respeto. Porque todas las madres se han visto así alguna vez, colocadas ante ese fragmento rebelde de su carne que es su hijo, y se sienten como exiliadas ante esa vida nueva que han hecho con su vida, pero en la que habitan pensamientos ajenos. Mas ningún niño ha sido arrancado tan cruel y rápidamente de su madre como éste, pues Él es Dios y sobrepasa por todas partes lo que ella pueda imaginar.

Y es una dura prueba para una madre tener vergüenza de sí y de su condición humana delante de su hijo. Aunque yo pienso que hay también otros momentos, rápidos y fugaces, en los que siente, *a la vez*, que Cristo es su hijo, es su pequeño, y es Dios. Le mira y piensa: «Este Dios es mi niño. Esta carne divina es mi carne. Está hecha de mí. Tiene mis ojos, y la forma de su boca es la de la mía. Se parece a mí. Es Dios y se parece a mí».

Y ninguna mujer, jamás, ha disfrutado así de su Dios, para ella sola. Un Dios muy pequeñito al que se puede estrechar entre los brazos y cubrir de besos. Un Dios calentito que sonrío y que respira, un Dios al que se puede tocar; y que vive. Es en uno de estos momentos como pintaría yo a María si fuera pintor. Y trataría de plasmar el aire de atrevimiento tierno y tímido con que ella acerca el dedo para tocar la dulce y suave piel de este niño-Dios cuyo peso tibio siente sobre sus rodillas y que le sonrío.

Eso por lo que se refiere a Jesús y la Virgen María.
¿Y a José? A José no le pintaría. Plasmaría sólo una
sombra, al fondo del establo, y dos ojos brillantes.
Porque no sabría qué decir de José y José no sabe qué
decir de sí mismo. Está en adoración y está feliz de
adorar y se siente un poco exiliado.

Creo que sufre sin confesarlo. Sufre porque ve cuán-
to se parece a Dios la mujer que ama y hasta qué
punto está ya del lado de Dios. Porque Dios ha explo-
tado como una bomba en la intimidad de esa familia.
José y María están separados para siempre por este
incendio de claridad. Y toda la vida de José, imagino,
será aprender a aceptar.

Mis buenos señores, ahí está la Sagrada Familia.
Ahora, vamos a conocer la historia de Barioná, por-
que sabéis que quiere estrangular al niño. Corre, se
lanza veloz... ya ha llegado. Pero antes de enseñáros-
lo, oigamos un villancico.

Que suene la música.